

de la novela, en la que se basa el libro de introducción de la versión ilustrada de la novela.

Ilustración de Max



llegar al *strip-tease* y a las *performances* del arte contemporáneo y la subcultura punk. La publicación de *Vindicta* (el original alemán es de 2009) se ha adelantado a la de *Vagina*, un ensayo de la controvertida Naomi Wolf (*El mito de la belleza*, Salamandra, 1992) previsto para mediados de este año, y del que su agente, John Brockman, ha venido mostrando un *propósito*, es decir, un índice bastante desarrollado, con objeto de que los editores hagan sus pajas anticipadas (que yo sepa el libro todavía no tiene editor en español). Según dicho *propósito*, que he estudiado cuidadosamente, *Vagina* recorre el mismo camino que *Vindicta* (de hecho, el subtítulo previsto es 'A cultural history'), a partir de un primer capítulo sobre la anatomía y fisiología del órgano sexual femenino. La Wolf, que siempre ha sabido cómo venderse, se refiere en su presentación a las enormes posibilidades de su libro en un mercado mundial en el que

lo, cuando no vejetorio) ilustrado con centenas de fotos de la mencionada parte de la anatomía femenina. Les aseguro que bastantes de las placas reproducidas, más que pornográficas, parecen directamente extraídas de un manual de obstetricia y ginecología. Una última cosa, no por sospechada menos sorprendente: no hay dos *puestas* iguales.

Bibliotecas

SI NECESITAN refrescar los motivos por los que hay que amar las bibliotecas públicas, en la web noalprestatamodopago.org encontrarán una docena. Es ahora, en medio de una recesión ferroz que deja (a fecha de hoy) cinco millones y pico de víctimas directas y la sensación general de fin de época, y de que ya nada volverá a ser igual, cuando esas magníficas instituciones de primera ne-

vil, para comprender los motivos por los que la mascota doméstica anda molbina, para informarse acerca del tumor que les acaban de diagnosticar al usuario, para descubrir la propia comarca, para leer en voz alta a la madre enferma. Libros para despegar supersticiones y brujas del alma, para indagar en el pasado, comprender el presente y conjeturar el futuro. Las bibliotecas, que tanto han mejorado en los sucesivos Gobiernos de la Democracia, deberían que-

dar al margen de la crisis, aunque sea por la razón de que siempre dan más a la sociedad de lo que de ella reciben. Y, sin embargo, ahí las tienen, zarandeadas por los recorcos como si se trataran de un lujo prescindible, de un capricho ciudadano, de una verbena supérflua en la que se ha gastado demasiado. Los (sobrinos) noalprestatados, es- talales y autonómicos (los de *mare* y los que

vela de género sobre la ficción literaria y la no-ficción. El libro más soldado en 2011 (da gusto la prontitud con que allí se suman los datos) fue *El símbolo perdido*, de Dan Brown, aunque la palma se la llevan las 17 novelas de James Patterson incluidas en la lista, que se prestaron a 2,3 millones de usuarios. Patterson, cuyo último editor en España es Ediciones B, es un autor de *thrillers* protagonizados por el detective-psicólogo Alex Cross, y que se caracterizan por su fácil legibilidad, a base de capítulos cortos y frases de estructura sencilla. Nada que ver con James Joyce, desde luego, pero eso no es culpa de las bibliotecas. Apuesto a que si aquí dispusiéramos de una encuesta parecida, entre los primeros puestos encontraríamos a María Dueñas, que al lado de Patterson —puedo asegurárselo— es una especie de Marcel Proust. •

Cárceles de mujeres

Mary: Maria / Mathilda

Mary Wollstonecraft / Mary Shelley

Introducción de Janet Todd

Traducción de Inigo Jaurguir, Cristina

Sáñez y Anne-Marie Lecomte

Nórdica Libros, Madrid, 2011

384 páginas, 21,50 euros

Por Inmaculada de la Fuente

UN AIRE REVIVIFICATIVO no exento de romantismo dieciochesco y de pinceladas rossonianas recorre estas tres novelas cortas de forma conjunta. El planteamiento es en sí mismo un acierto. Mary Wollstonecraft (1759-1797) es la autora de *Mary (Mary A fiction)* y *Maria (Maria, or the Wrongs of Women)* y ambas tienen el sello inequí-

voco de la precursora feminista y autora de *Vindicta*, *de los derechos de la mujer*. La tercera, *Mathilda*, es de Mary Shelley (1797-1851), hija de Wollstonecraft y autora de *Frankenstein*. Aunque se trata de obras menores, están cargadas de connotaciones autobiográficas y giran en torno a la identidad femenina, coreada en la época por el sometimiento social al padre o al marido y la dificultad de proyectar-se fuera del ámbito doméstico. Lo que une a ambas narradoras es lo biográfico: salta a la vista. De hecho, Mary Wollstonecraft murió al dar a luz a Mary Shelley. Aunque la madre despegó el camino a la hija en el plano discursivo, Shelley encontrará en la práctica escollos aplastantes para ser ella misma. Las tres novelas están trufadas de claves, juegos de espejos y guiños autobiográficos

que las encadenan hermanamente. La introducción de Janet Todd, especializada en Mary Wollstonecraft, delecta a algunas, claves y permite al lector sentirse libre. "No podía evitar convertirme continuamente en la protagonista", confiesa Wollstonecraft en *Cartas desde Siberia*. Sin puntualidad no era haber leído que albor aban a una haza, impetuosa, a ser simples, manjar en manos de los hombres de la casa. En consecuencia, Wollstonecraft forma que reconstruirse desde la utopía y en cierto modo desde la realidad y el vacío, ya que en Europa no se hablan a un vacío, a un vacío, de juego que deman daba. Aunque en *Mary* adopte los convencionalismos de una novela, su heronma se plantea un reto, al igual que ella, re-

nunciar al matrimonio. Pero la misma autoría no pudo evitar enamorarse de forma romántica de Gilbert Inlay, aunque fuera con el libertario William Godwin con quien albor arandose. Sin prosa utópica y moralizante, se rinde las páginas de *Maria*, una novela más abada que entrelaza con el tono de denuncia de *Vindicta* *de los derechos de la mujer*, al relatar las calamidades que acechaban a las mujeres de clase baja. Mary Shelley vincula el legado materno en una es nima a más pasional. La cárcel que refiere a Mathilda no es exterior, sino interna. En la primera versión, Shelley retomó un relato inconcluso de su madre, *The Cave of Lantz*. En la versión final, la sombra de un incesto no explícito gravita sobre la protagonista, lo que provocó el malestar de Godwin, padre de la autora. No es fácil saber que porcentaje de biografía había en la novela de Shelley. En todo caso, estos relatos evocan las vicisitudes de ambas autoras, sus apuestas vitales a veces extravagantes, y la afición al láudano de sus heronmas. •